



"COMO UN RUMOR"

Por FELICIDAD ORQUÍN

AQUEL era un día de bochorno. Durante la mañana, en la playa, el calor había sido casi insuportable y todo el tiempo habíamos estado entrando y saliendo del agua. Tampoco debajo del toldo era agradable estar; el calor se condensaba aún más y un enjambre de pequeñas moscas revoloteaban sin parar a nuestro alrededor. Por esto subimos pronto a comer y después nos tendimos en las hamacas amodorradas por la calina. A las cuatro sonó el teléfono; era Fernando que nos invitaba a beber algo en el pueblo; quedamos en que pasaría a recogernos a eso de las cinco. Desde la terraza se veía el mar, una franja de varios azules allí en la lejanía. Azules y verdes, desde el gris hasta el marino y, más cerca, la arena caliente cubierta de toldos rayados y hamacas de colores. Algunos extranjeros continuaban en la playa, durmiendo y tomando el sol. Están quietos durante horas, boca arriba

o boca abajo, sin que parezca que sienten el calor ni el dolor en sus cuerpos rojos y despellejados; permanecen en la playa tendidos hasta que se quita el sol.

Vi avanzar a Fernando por la carretera. Nos llamaba con las manos en alto y hacía gestos de estar rendido, pero sonreía y parecía feliz. Nosotros también lo éramos. Todo a nuestro alrededor estaba en calma. Los que estábamos en el pueblo aquel mes de julio desahábamos ser felices, descansar y no preocuparnos de nada. Ni radio ni periódicos que nos turbasen.

En verdad era una tontería bajar al pueblo con aquel calor, así que decidimos tomar cualquier cosa en el primer agudicho. Al borde del paseo, junto a las palmeras, habían colocado unas mesas y unas sillas cubiertas con un cañizo que protegía del sol. Unas cubas de vino servían de rudimentario mostrador, y se podía tomar cerveza, vino, Coca-Cola y comer sardinas recién asadas; pero todas las mesas estaban ocupadas y era inútil

esperar. Pensamos que sería agradable beber té frío y buscamos algún sitio a propósito, de los muchos que se habían abierto para los extranjeros. El paseo estaba cubierto de carteles en francés e inglés, pero sobre todo en alemán, anunciando alquiler de habitaciones. Los «Zimmer frei», los «Berlins», «Hamburgos», «Munichs», llenaban todo el pueblo.

Muy cerca estaba el «Koenigsberg», con un luminoso, ahora apagado, anunciando pensión y cafetería. Un hotel pequeño de dos pisos, enlucido, de una blancura hiriente, con una terraza amplia sobre el mar, en aquel momento desierta, vacías las hamacas y las tumbonas. Empujamos la puerta y sentimos un golpe de aire fresco. Una especie de salón con bar, unas mesas bajas y unas butacas de mimbre ocupadas en su mayoría por hombres y mujeres. A nuestra entrada se produjo un silencio y de varias mesas se volvieron a mirarnos. Pedimos té frío con limón a una mujer rubia que estaba en la barra, y nos sentamos. Hacía fresco y era agradable estar allí. En torno nuestro se oía hablar alemán en voz baja. En las paredes había un grabado de la catedral de Colonia y unos paisajes.

—¿Es curioso, eh? —Fernando hacía girar su cabeza abarcando todo el salón con la mirada.

—Sí, desde luego hay algo extraño, pero no sé qué es. —Contestó Dolores.

—No sé explicarlo bien, es algo en el ambiente y sobre todo en aquella mesa del fondo. El hombre del sueter blanco.

—No, allí no veo nada extraño; el hombre me parece normal, no me dice nada.

Yo también miré, con discreción. Nada me chocaba a no ser que la cara del hombre no me era enteramente desconocida y, sin embargo, no le conocía, pues no tenía ningún amigo alemán.

—¿Sabes quién es?, —le pregunté a Fernando.

—No, no lo sé, pero yo he visto su cara en alguna parte. Tiene algo de inhumano. Algo que no se olvida fácilmente.

Aquel hombre parecía haberse dado cuenta de nuestro interés, le vimos hablar con sus compañeros de mesa y éstos se volvieron hacia nosotros mirándonos abiertamente. Tratamos de disimular, mirando, por detrás de ellos, al jardín y señalando los olivos.

—Se ve que él también nos estaba mirando. —Dolores le volvió ligeramente la espalda mientras hablaba.

—¿Cuánto tiempo hará que están todos estos aquí?

Fernando miraba de reojo a la mesa de al lado.

—Supongo que no más de un mes; sus vacaciones...

—Sí, pero tienen un moreno de meses, eso es lo raro. Parecen vivir aquí.

—Bueno, es posible, pero ¿qué tiene eso de raro?

—Claro, eso sólo no sería bastante. Es este ambiente de cuartel o de colegio, no sé bien. Observad las posturas.

Yo permanecía al margen de la conversación; me encontraba bien y los comentarios de Fernando me divertían. El siempre buscaba significados a todo, complicaba las cosas más sencillas empujándose en ver su trasfondo. A menudo, Dolores le seguía en su juego, pero ahora la notaba interesada de verdad en lo que Fernando decía.

—Es cierto, los hombres están demasiado rígidos, envarados. ¡Pero, mira ese! A tu lado, en la segunda mesa.

—Ya lo he visto al entrar. También tiene una cicatriz en la cara, en la otra mejilla.

Al hombre del que ambos se ocupaban ahora le faltaban tres dedos de la mano derecha y una gran cicatriz le cruzaba la palma. Yo no podía ver la de la cara que Fernando decía, aunque tampoco me habría hecho fijarme en él, como Fernando, o asombrarme como Dolores. Probablemente será un cazador, pensé.

—Esas cicatrices han sido producidas por un arma de fuego.

—¿Crees que será un cazador?

—No, son raras. De este tipo más bien parecen...

La mujer rubia que nos había servido el té estaba a nuestro lado preguntándonos si queríamos pastas o galletas.

—¿Crees que esta mujer habrá venido a espiarlos? —preguntó Dolores.

—Puede ser. Nosotros les miramos y ellos nos espían.

—¡Por favor! —les interrumpí—. Lo estáis tomando en serio. ¿Qué os importa quienes sean?

—¿Qué quieres?, he visto hace dos noches «Vencedores o vencidos»: es interesante, tiene su trampa, no creas, pero dice cosas.

—A ti todo te dice algo, vas a terminar paranoico y lo peor es que estás contagiando a Dolores. Mira qué cara de espía pone.

—Fernando, ¿crees que son...?

—No creo nada... todavía. Desde que entramos he oído algo raro.

—Pero eran los otros los que oían, no ellos.

—Sí, al menos eso decían ellos, que los reconocían por el olor.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? Ahora sí que no os entiendo una palabra; ¿por qué no os relajáis un poco y dejáis de pensar en películas de miedo?

Empezaban a cansarme los dos, con su repentina seriedad, con sus aires de inquisidores. A mi qué me importaban aquellos, allí con sus vidas, alemanes o chinos, qué más me daba. Les propuse marcharnos a dar una vuelta, pero ahora miraban atentamente a una mujer de mediana edad que jugueteaba con un gatito pardo. Apareció otro gato, casi a nuestros pies, más grande y también pardo, con unos enormes ojos azules, que comenzó a estirarse y a revolcarse por el suelo. Un hombre se levantó, se inclinó sobre él y le acarició la barriga, pasándole la

mano suavemente una y otra vez. Todos miraban a los gatos y por un momento cesaron las conversaciones. Sólo se oía el ruido de las uñas del pequeño rascando la pata del sillón, siguiendo la mano de la mujer que subía y bajaba hasta tocar su hocico. Alguien hizo una pelota de papel y la tiró al centro de la habitación; los dos gatos corrieron hacia ella y se la disputaron, quitándose la el uno al otro.

—Quieren dar apariencia de tranquilidad, de inocencia.

—No parece falso, mira cómo están pendientes de los gatitos.

—Lo uno no quita lo otro.

—No digas más tonterías, no tienen por qué aparentar nada ante nosotros. Por más que los miréis Dolores y tú, no conseguiréis que confiesen unos horribles pecados. ¿Crees que son vampiros?

—Ni creo, ni dejo de creer, sólo miro y comento lo que veo.

—Por cierto, que esta mañana Antonio me ha dicho que ni siquiera le has contestado cuando te ha hablado. Ya sabes que quiere que vayamos a su casa mañana por la noche; es un poco memo pero divertido.

—Mira qué graciosos, cómo juegan; han deshecho la pelota.

—Dolores, no te olvides que tienes que comprar aceite para el sol. Ya deberíamos marcharnos.

—Todo el pueblo está invadido de alemanes; me han dicho que hasta han comprado la montaña del faro.

—Vienen de todos los países, es el sol y el clima. —Dolores sonreía al hablar.

—Sí, y algo más..., pero éstos son distintos..., desde luego, al del sueter blanco lo he visto antes, y de uniforme, seguro.

—Estás obsesivo, seguro que se parece a algún amigo común. Yo creo que nos

vendría bien un paseo. Me estáis empujando a dar miedo los dos. A lo mejor os volvéis locos.

—Mira, Fernando, aquél sí que tiene cara de loco y la mujer que le acompaña parece drogada.

—No, me parece mucho más interesante el dueño de esto; no te vuelvas, está a tu espalda, limpiando la máquina del café. Debe medir casi los dos metros y pesar alrededor de los cien kilos. Puede que sea el marido de la rubia.

—¿Y qué es lo que te choca tanto?, —le preguntó Dolores, inquieta por no poder verle.

—Su aire. Tiene un aire marcial inconfundible. Se nota que ése no es su trabajo, lo hace lentamente y mal; desde luego está fuera de su hogar.

—Yo también quiero verlo, no hay derecho a que seáis sólo vosotros.

Dolores se volvió y se encontró con la mirada fija del hombre; se secaba las manos con un paño blanco, sin dejar de mirarnos; ella se sintió sorprendida y nos dijo:

—Nos mira de una manera extraña, insistente.

—Ni más ni menos que como vosotros le miráis a él.

El hombre salió de detrás de la barra y cruzó el salón. Andaba despacio, con dificultad, como suelen hacerlo los obesos o los viejos, aunque él no era ni una cosa ni otra. Claro, pensé; estará enfermo de algo. Pero Fernando también le veía y nos dijo:

—No mueve bien la pierna izquierda.

—Yo no le noto nada, a lo mejor anda así para darse importancia.

—Es que no puede andar de otra forma, debe tener la pierna anquilosada o es artificial, ¡claro!, ortopédica; los alemanes hacen maravillas.

—¿Qué dices! ¡Es posible! —A Do-

lores le brillaban los ojos de excitación—. Mira, está hablando con el del sueter blanco, se hablan al oído y nos miran con cara de pocos amigos. Fernando, ¿crees que nos matarán?

—No, no lo creo, ahora ya no pueden hacerlo, pero sí, desde luego, son ellos. Todos estos deben serlo.

Su mano abarcó el salón y a todos los que en él estaban.

—¿Estás seguro de que son... nazis...?

—Ahora sí que lo estoy, y al del sueter blanco he debido verle en algún viejo periódico, pero no logro acordarme de su nombre.

—¡Qué horror! Vámonos de aquí.

Dolores se había puesto pálida y miraba horrorizada en torno suyo; pensé que Fernando había llevado sus bromas demasiado lejos, asustándola y haciendo que todos los que estaban en aquel salón nos mirasen ahora y hablaran en su idioma de nosotros. Siempre tenía que estropearlo todo, y esto no era la primera vez, pero sí podía ser la última. Me pareció una vieja asustadiza de mal agüero y no pude contenerme.

—Fernando, basta ya. Nos has dado la tarde.

—¡Ah!, resulta que he sido yo quien ha agudado la fiesta; esto sí que es bueno; ¿es lo único que se te ocurre?

—Sí, es lo único y ya está bien —llamé, pidiendo la cuenta, y nos levantamos. Los ojos de Fernando tenían una mirada terrible. Temí que dijera cualquier cosa y le cogí por los hombros empujándole suavemente hacia la puerta. El se dejó hacer, y ya en la terraza se volvió y me miró de una manera tan especial que bien podría ser de odio o quizá de desprecio.

Desde aquel día no he querido volver a verle.

(Ilustraciones de ORTIZ VALIENTE)

